

# Viajeros españoles en Burdeos (1755-1845)\*

El nombre de Burdeos despierta siempre, en la mente del forastero, dos imágenes seductoras, muy claras, pero en absoluto contradictorias. Por una parte, la imagen de una ciudad fría, recogida, casi una ciudad inglesa, cercada de nieblas y poblada por los errantes fantasmas de una burguesía anticuada, tristemente acampada en las ruinas de su pasado esplendor, esa burguesía tan ferozmente analizada por François Mauriac. Por otra parte, la imagen de una ciudad risueña y acogedora, blandamente tendida a lo largo de su río, una ciudad del Mediodía, abierta hacia el sol, la selva y el océano, una ciudad en la que el viajero llegado del Norte, se siente ya invadido por las fragancias de la tierra española, en la que las costumbres, el lenguaje, los hombres y el paisaje anuncian ya la próxima España. Naturalmente, me niego a escoger entre esas dos imágenes igualmente míticas, que todo bordelés legítimo cultiva alternativamente, a merced de sus caprichos y humores. Mas, ya que las circunstancias del día nos convidan a acercar Aquitania a España, a hermanar Burdeos con Madrid, grato nos resulta el recalcar las oportunas ventajas de esta segunda imagen de la capital girondina.

Efectivamente, cualesquiera que sean las demás facetas de su personalidad, Burdeos es una ciudad española. Y los viajeros españoles que iremos citando a lo largo de esta ponencia, lo ratifican unánimemente. No es necesario evocar largamente las contingencias históricas, recordando, por ejemplo, a aquellos emigrantes españoles que, desde el tiempo de los Reyes Católicos hasta los últimos decenios de la Edad Contemporánea, acudieron a fundirse poco a poco en la población bordelesa y le proporcionaron nuevos matices y riquezas culturales. Basta con hojear la guía del teléfono, o pasear algunas horas por el popularísimo barrio de Saint-Michel, para que uno se percate del vigor y de la permanencia del fenómeno. Burdeos huele a España. Quien sepa escuchar, sentir y ver, estará convencido de ello, desde su primera estancia en la villa. Dicho este preámbulo, ya que mi oficio es estudiar la literatura y la civilización españolas, contestaré ahora a esta sencillísima pregunta: ¿Qué imagen recogieron de Burdeos, los viajeros españoles de antaño? ¿Qué relatos de sus jornadas girondinas transmitieron a sus contemporáneos? Parece fácil contestar a tal pregunta. Pero la experiencia prueba lo contrario. Efectivamente, al emprender este trabajo, echamos de menos alguna bibliografía general sobre los viajes de los españoles fuera de su tierra y sobre los libros de viajes por Francia, escritos en idioma castellano. Nada existe, en este dominio, que

\* Esta ponencia fue leída en el Instituto Francés de Madrid, el 26 de enero de 1984, en la mesa redonda reunida bajo la presidencia de José Antonio Maravall, con la participación de Antonio Domínguez Ortiz, Manuel Tuñón de Lara y Jean Sentaurens, sobre el tema: «Viajeros ilustres en Aquitania y España en los siglos XVIII y XIX».

se pueda emparejar con las recopilaciones de García Mercadal y los repertorios de Farinelli y Foulché-Delbosc referentes a España<sup>1</sup>. Nada, excepto el compendio muy parcial de León Martín Granizo, titulado *Aportaciones bibliográficas: viajeros y viajes de españoles, portugueses e hispanoamericanos* (Madrid, 1923)<sup>2</sup>. Por efecto de esta carencia, tuvimos que contentarnos con recuperar algunos textos, recogidos ya desde algunos años, al azar de nuestras investigaciones en las bibliotecas y archivos españoles. El conjunto de nuestra documentación resulta perfectamente heteróclito, ya que reúne textos muy alejados en el tiempo, como son la *Guía del peregrino a Santiago de Compostela*, del siglo XII, y los *Recuerdos de viaje por Francia*, de Mesonero Romanos, de 1840, a la par que muy diferentes en su forma, como son los *Viajes de Fray Gerundio*, de Modesto Lafuente, y el *Itinerario de Madrid a París*, de Ángel Fernández de los Ríos. Ora meras colecciones de notas personales, ora compendios de datos prácticos para turistas eficaces, ora creaciones con pretensiones literarias, los dieciocho textos que hemos examinado no hablan de Burdeos con una parecida prolijidad de detalles<sup>3</sup>. Seis de ellos, solamente, ofrecen un verdadero interés. El primero, conforme vamos subiendo por la línea del tiempo, es la guía redacta por Ángel Fernández de los Ríos, editada en Madrid por Ignacio Boix, en 1845, y titulada *Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental, de Madrid a París*. La obra consta de dos partes, que se vendían separada-

<sup>1</sup> J. García Mercadal, Viajes de extranjeros por España y Portugal, desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII, *Madrid* (Aguilar, 1952-1962, 3 vol.) Arturo Farinelli, Viajes por España y Portugal, desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas, *Madrid*, 1921; y Viajes por España y Portugal. Suplemento al volumen de las «Divagaciones bibliográficas» (1921), *Madrid*, 1930. R. Foulché Delbosc, Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal, *Paris*, 1896.

<sup>2</sup> León Martín Granizo, Aportaciones bibliográficas: viajeros y viajes de españoles, portugueses e hispanoamericanos, *Madrid* (Publicaciones de la Real Sociedad de Geografía), 1923.

<sup>3</sup> He aquí las referencias bibliográficas de los 18 relatos de viaje que utilicé para esta ponencia:

- Fernando Aguilar, Mis viajes por Francia, Suiza y Alemania, *Madrid*, 1915.
- Carmen de Burgos Seguí, con el seudónimo de «Colombine», Por Europa (impresiones): Francia, Italia; *Barcelona*, S.A. (1905).
- Luciano Cordeiro, Viagens : Hespanha e França, *Lisboa*, 1874-1875.
- Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Viaje por España, Francia e Italia, *Madrid-Cádiz*, 1806-1813, 14 vol.
- Ángel Fernández de los Ríos, Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París, *Madrid*, 1845.
- Diego Alejandro de Gálvez, Itinerario geográfico, histórico, crítico y litúrgico de la España, Francia, País Bajo y gran parte de Alemania, *manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid*, números 1698 y 1699.
- (Anónimo), Le guide du pèlerin de Saint-Jacques de Compostelle, edición de Jeanne Vieliard, *Mâcon*, 1938.
- Modesto Lafuente, Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, *Méjico*, 1859.
- José de Lasa, De Madrid al Vesubio. Viaje a Italia, por San Sebastián, Bayona,... Guía descriptiva y práctica con noticias e indicaciones acerca de los medios de viaje, fondas, etc..., *Madrid*, 1873.
- Ramón de Mesonero Romanos, Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841, *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 203.
- Pascual Millán, Biarritz y sus cercanías. Notas e impresiones, *Madrid*, 1897.
- Pedro Paz Soldán y Unanue, Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863), *Lima*, 1971.
- Gorgonio Petano y Mazariegos, Viajes por Europa y América por don Gregorio (sic) P. y M., *Paris*, 1858.
- Antonio Ponz, Viaje fuera de España, *Madrid* (Aguilar), 1947.
- Pedro Rodríguez Campomanes, Itinerario real de postas de dentro y fuera del Reyno, *Madrid*, 1761.
- Noël Salomón, *Le séjour de D.F. Sarmiento à Bordeaux en 1846; Les Langues Néo-Latines*, oct.-nov. 1963, n.º 166, p. 32-43.
- Antonio María Segovia, Manual del viajero español de Madrid a París y Londres, *Madrid*, 1851.
- Antonio de Ubilla y Medina, Sucesión de el rey d. Phelipe V N.º Señor en la corona de España. Diario de sus viajes desde Versailles a Madrid, *Madrid*, 1704.

mente a seis reales cada una. La primera parte describe la carrera de Madrid a Behobia, por Burgos, Vitoria e Irún. La segunda describe el territorio que atraviesa la calzada, de la frontera a París, por Bayona, Mont-de-Marsan, Burdeos, Angulema, Poitiers, Tours y Orléans. No es sino una guía turística, en sentido moderno, y, dicho sea de paso, una de las primeras que se escribieron en España en este género<sup>4</sup>. La segunda obra, la firma Modesto Lafuente. Su título: *Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Con este seudónimo de Fray Gerundio, el autor nos cuenta, con gracioso acopio de detalles pintorescos, más o menos imaginarios, el largo crucero que emprendió durante el verano de 1841, acompañado de su criado Tirabeque<sup>5</sup>. La tercera obra se llama *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, en 1840 y 1841*. Su autor: el conocido costumbrista madrileño Ramón de Mesonero Romanos<sup>6</sup>. La cuarta obra narra el largo viaje por España, Francia e Italia, efectuado entre 1797 y 1801, por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, Consiliario de la Real Academia de las Bellas Artes de Cádiz<sup>7</sup>. El quinto viaje es el de don Antonio Ponz, reseñado en la carta IIa —agosto-noviembre 1783— de su *Viaje fuera de España*<sup>8</sup>. La mucha afición que siente por las bellas artes, hace que el famoso académico valenciano dedique gran parte de sus páginas a una descripción pormenorizada de los museos y monumentos bordeleses. La sexta y última obra merece una particular atención. Es una obra inédita, titulada *Itinerario geográfico, histórico, crítico y litúrgico de la España, Francia, País Bajo y gran parte de Alemania*, escrita en 1755, por don Diego Alejandro de Gálvez y Calzado, presbítero, maestro segundo de ceremonias de la Catedral de Sevilla, luego racionero y bibliotecario mayor de dicha catedral, y académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras de esta ciudad. Hace mucho tiempo ya que nuestro amigo Francisco Aguilar Piñal ha valorado la importancia de este manuscrito, no sólo por ser uno de los pocos viajes que se conservan de españoles que visitan otras nacio-

<sup>4</sup> Angel Fernández de los Ríos (Madrid, 1821-París, 1880), hombre político, liberal y republicano, fue director de varios periódicos, entre los cuales el Semanario pintoresco español, que él mismo fundó en 1852. Escribió obras de historia y textos costumbristas sobre Madrid. En las páginas de su Itinerario, que consagra a Burdeos (parte II, p. 22 a 27), incluye una lista de libros para uso del viajero deseoso de ampliar sus conocimientos sobre la capital de Aquitania.

<sup>5</sup> Modesto Lafuente (Palencia, 1806-Madrid, 1866) había empezado a estudiar la carrera eclesiástica, pero carente de vocación, se dedicó a la literatura y a la política. Poeta poco inspirado, escribió una Historia de España (1850-1859) que le granjeó mucha fama. Era de ideas liberales. Este seudónimo de «Fray Gerundio», que utilizó para narrar su viaje por Francia, también le sirvió para titular un periódico que fundó. Los Viajes de Fray Gerundio se publicaron por primera vez en 1843. Hemos utilizado una edición posterior, impresa en Méjico en 1859, en dos volúmenes. Lafuente describe largamente Burdeos en el tomo I de dicha edición, p. 75 a 164.

<sup>6</sup> Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882) escribió su obra costumbrista más famosa, Escenas Matritenses (1832), bajo el seudónimo de «El Curioso Parlante». Hijo de un gran negociante, viajó por España, Francia e Inglaterra en 1833-1835. Hemos leído sus Recuerdos de viaje por Francia en el tomo V de la edición de sus obras realizada por la Biblioteca de Autores Españoles (tomo 203). El capítulo sobre Burdeos va de la p. 277 a la p. 282.

<sup>7</sup> Viaje de España, Francia e Italia, por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Consiliario de la Real Academia de las Bellas Artes de Cádiz; Madrid-Cádiz (1806-1813), Hemos utilizado el volumen V de la edición de Manuel Bosch (Cádiz, 1813), que contiene el capítulo III, del libro XVIII, del tomo 9 de la obra, consagrado a Burdeos (p. 330-366).

<sup>8</sup> Antonio Ponz (1725-1792) fue secretario de la Academia de San Fernando, de 1771 a 1792. Su Viaje fuera de España, editado por primera vez en Madrid en 1785, es la continuación del Viaje de España, editado en 18 tomos, de 1772 a 1774. Hemos utilizado la edición moderna de Aguilar (Madrid, 1947), que reúne ambos relatos de viaje. La carta II del Viaje fuera de España está en las páginas 1.690-1.696.

nes en el siglo XVIII, sino también por la personalidad del autor, hombre muy erudito, polemista vivaz, y una de las figuras señeras de la Sevilla ilustrada de dicha época. Por mi parte, con vistas a una posible edición, he emprendido una traducción al francés de los capítulos de esta obra que describen la Francia de Luis XV<sup>9</sup>.

A excepción de algunos casos aislados, todos los viajeros que hemos estudiado, llegan a Burdeos por el camino del Sur. Ya que salen generalmente de Madrid, pasan la frontera en Behobia, y continúan hasta las orillas del Garona por la ruta más común y tradicional, que atraviesa las provincias vascongadas francesas y las vastas llanuras de las Landas. Casi todos viajan en coche de caballos. En efecto, Bayona no tuvo relación ferroviaria con Burdeos hasta 1855. E incluso para los viajeros de los años 1840-1850, ese avance técnico considerable, que redujo de 24 a 4 horas un trayecto, de suyo muy trabajoso, no aparecía sino como una curiosidad turística, que las guías les convidaban a «visitar», en Burdeos precisamente, en una de las primeras líneas abiertas en esa época, entre las orillas del Garona y la bahía de Arcachon. Allí, por 4,25 francos en carruaje cubierto o 2,75 francos en vagón descubierto, el viajero español, ávido de emociones violentas y exóticas, podía gozar por primera vez de la embriaguez de la velocidad:

La rapidez con que se marcha apenas nos permite ver los camineros, que de media en media legua, colocados en pie a la orilla del camino, con una mano puesta sobre el carazón y con el otro brazo extendido, indican que el convoy puede seguir sin inconvenientes por el trozo puesto a su cuidado, así como desaparecen instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas, sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas o pabellones que sirven de aviso al director del convoy<sup>10</sup>.

Entonces, en la primera mitad del siglo XIX, como en las épocas anteriores, nuestro viajero español se ve obligado a recorrer en coche de caballos las 27 postas que jalonan el camino más corto entre Bayona y Burdeos, en una distancia de 36 leguas españolas, equivalentes a 48 leguas francesas: poco más o menos 190 kilómetros. En el siglo XVIII

<sup>9</sup> Gálvez acompañó, como notario eclesiástico, a don Carlos Reynaud de la Parra, canónigo del Cabildo Hispalense, en su viaje a Audenarde (Bélgica), destinado a efectuar unas informaciones de legitimidad sobre don Marcelo Doye y Pelarte, propuesto para canónigo magistral de la Santa Iglesia de Sevilla. Habiendo salido de Sevilla el 3 de mayo de 1755, visitó Burdeos los días 5 a 11 de julio siguientes. Viajaba en calesa, con el dicho don Carlos Reynaud, otro clérigo sevillano, un criado negro y un caletero. Reunió sus impresiones de viaje en un primer manuscrito, encuadernado en un solo tomo, que se conserva en la Biblioteca Provincial y Universitaria de Sevilla (número 333-109). Nueve años más tarde, escribió de nuevo esta obra, ampliándola a dos tomos, con muchos detalles y comentarios nuevos. Existen dos ejemplares de esta segunda redacción, conservados, el primero (manuscrito original) en la Biblioteca Colombina de Sevilla (número 83-4-10 y 11) y el segundo (copia fiel del original) en la Biblioteca Nacional de Madrid (números 1698 y 1699). Hemos utilizado el manuscrito de la Biblioteca Nacional, en el que la parte que describe el itinerario de Irún a Limoges se encuentra en el tomo I, f.º 93 a 119.

Nacido en Priego (Córdoba) en 1718, Gálvez murió en Sevilla en 1803. Fue uno de los fundadores de la Academia Sevillana de Buenas Letras, en 1752, y uno de los grandes organizadores de la Biblioteca Colombina, de la que cuidó a partir de 1763. Para más detalles sobre Gálvez y su Itinerario, ver: Francisco Aguilar Piñal, *De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII*; Archivo Hispalense, 1961, tomo 34, número 105, p. 9-57.

<sup>10</sup> Lafuente, p. 160. Este ferrocarril de Burdeos a La Teste, primer tramo de la futura línea de Burdeos a Bayona, fue construido entre 1837 y 1841. Estas fechas lo clasifican entre los primeros ferrocarriles creados en Francia. La línea Burdeos-París, por Tours y Orléans, sólo data de 1852. Burdeos-Bayona, de 1855. Fernández de los Ríos (Itinerario, p. 27) aconseja a los turistas españoles que «visiten» ese nuevo modo de locomoción, ya que en esta época (1845) no existía en su tierra. Las grandes líneas ferroviarias españolas se crearon posteriormente a las francesas: Barcelona-Mataró, en 1848; Madrid-Aranjuez, en 1851; Madrid-Irún, en 1864.

este viaje resultaba muy difícil. Las postas francesas eran caras y mal servidas. El viajero tenía que desplazarse con su propio coche, o arrendar uno. Además, le obligaban a pagar cantidades de tasas: según el número de los caballos que enganchaban al carruaje, la cantidad de personas transportadas, el peso de los bagajes, etc... «Siempre que pueden engañar, lo hacen bellamente», comenta el canónigo Gálvez, que tarda dos días en recorrer el camino de Bayona a Burdeos<sup>11</sup>. En el siglo XIX, el servicio oficial de las diligencias y correos franceses hace las cosas más fáciles y menos costosas. Las diligencias de las compañías *Dotezac-frères* y *Laffitte-Caillard* van de Bayona a Burdeos, por Mont-de-Marsan, en veinte horas. El correo —en francés «malle-poste»— reduce esta duración a dieciséis horas. Pero tiene el inconveniente de ser poco asequible, ya que sólo ofrece tres asientos, y bastante caro, valiendo cada uno de dichos asientos 40 francos. Además, el constante cuidado de celeridad que anima este servicio impone a los viajeros algunos sacrificios difíciles de aguantar:

Desgraciado de aquél a quien ocurra, de relevo a relevo, uno de los menesteres urgentes a que está sujeto todo fiel cristiano, lo mismo en Francia que en Moscow, porque lo pasará muy mal el infeliz; y pobre del que incurra en la imprevisión de no raciocinarse antes de emprender la marcha, proveyéndose de las competentes municiones de boca, sólidas y líquidas, porque llegará al término del viaje más extenuado que cesante español<sup>12</sup>.

A sus compatriotas deseosos de observar las costumbres de los franceses, Mesonero Romanos aconseja el viaje en diligencia. En España —dice—, este medio de transporte está todavía reservado a la gente acomodada, a los representantes de una sociedad escogida, y eso hace muy grato su uso. En Francia, la democracia ha convertido las diligencias en ámbitos más pintorescos, en los que el viajero puede soñar con las compañías más hechiceras, pero también echar pestes contra las más desagradables promiscuidades:

En la diligencia francesa es otra cosa. En primer lugar, la sociedad que en ella se reúne es bastante heterogénea, gracias a la extremada baratura del precio y a los medios más cómodos de transporte. Comisionistas, corredores de comercio, jóvenes despiertos y aún atolondrados; oficiales del ejército que mudan de guarnición; cómicos y empresarios de los teatros de provincia; estudiantes y entretenidas; modistas y amas de cría; hermanas de la Caridad y poetas excéntricos y «no comprendidos» en su lugar. Tales son los elementos que en ellas vienen a reunirse generalmente. Y ya se deja conocer que no hay que esperar de ellos aquellas delicadas atenciones, aquellos rendidos obsequios, aquella amable deferencia que suele regularmente hacer agradable el viaje en nuestros coches públicos. Allá por el contrario, el individualismo está más caracterizado. Cada cual retiene para sí el mejor sitio posible, y le defiende obstinadamente aún contra los privilegios de la edad o las gracias de la hermosura. Y cuenta que el rincón de un coche no es cosa indiferente cuando han de pasarse en él las largas noches de invierno. Hay viajeros y viajeras que imponen a sus compañeros su inevitable locuacidad, persiguiéndoles hasta en los secretos de su vida interior o de sus proyectos futuros. Y los hay también que se aíslan y concentran en sí mismo, y a la hora conveniente asoman su cestita de provisiones y se complacen en desplegar a la vista de los hambrientos colaterales, ya el rico pastel de Perigord, ya el sabroso queso de Gruyère, ya los dulces de Metz o las salchichas de Marsella, sazonando estos delicados frutos con las descomunales ojeadas que suelen acompañar a la implacable cesta, en el momento de su ocultación<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Itinerario geográfico, f.º 100 v. *Gálvez sale de Bayona por la madrugada, desayuna en Magescq y duerme en Laharie; al día siguiente, desayuna en Belin y llega a Burdeos con el anochecer.*

<sup>12</sup> *Lafuente*, p. 65-66.

<sup>13</sup> *Recuerdos de viaje*, p. 272.

«Los Pirineos ya no existen», dijo el rey Luis XIV de Francia en 1700. Y parece como si todos los viajeros españoles que van entrando en Francia por el País Vasco, hicieran suya aquella agudeza borbónica<sup>14</sup>. Todos se confiesan decepcionados por el paso de una frontera cuyos guardianes no manifiestan la menor pizca de interés por el turista sino cuando huele a tabaco o a chocolate. Todos rumian desilusiones al evocar su primera jornada de viaje por Francia. Ni el menor azoramiento al internarse en las *terrae incognitae*. Nada de aquel emocionante salto hacia lo desconocido. Durante su travesía de las provincias vascas francesas, de Behobia a Bayona, nunca tienen la impresión de haber salido de España. Son las mismas casas, desparramadas por los campos, el mismo paisaje de verdeantes colinas ribeteadas por el océano, los mismos hombres, que gastan los mismos trajes y hablan el mismo idioma. Bayona, donde prueban su primera comida y duermen su primera noche, apenas si es una ciudad francesa. Allí hablan el español y el vascuence. Allí compran y venden mercancías de la Iberia y admiten, gustosos, los reales y las pesetas. El viajero español está en su casa: el dueño del hotel y la mitad de los huéspedes son compatriotas suyos. El barrio de Saint-Espirit, en la orilla derecha del Adour, es una colonia de judíos portugueses y españoles, entre los cuales el canónigo Gálvez reconoce a muchos andaluces. Y los turistas del siglo XIX estiman que el número de los iberos en los mercados de Bayona o en las playas de Biarritz, alcanza el de los indígenas galos.

En realidad, para nuestros viajeros españoles, la peregrinación a Burdeos sólo se inicia verdaderamente a la salida de Bayona. Los primeros padecimientos, las primeras experiencias amargas, empiezan con la travesía de las Landas. Escoja la derrota de las Grandes Landas, como don Alejandro de Gálvez o don Antonio Ponz, o prefiera el camino más cómodo, aunque más largo, de las Pequeñas Landas, por Dax y Mont-de-Marsan, el viajero experimenta en estas tierras los primeros escalofríos de la aventura. Un recorrido de varias decenas de leguas, trazado en medio de inmensas llanuras y profundos arenales pantanosos. Un paisaje de tétrico aspecto, ritmado a trechos por la austera presencia de negros pinares y tupidos alcornoques. Una «Siberia francesa», comenta Modesto Lafuente, ante la tristeza desolada de esa estepa inmóvil. Triste oscuridad del cielo. Mordaz agresividad del viento. Y siempre, inesperadamente dibujada sobre la nada de aquel yermo, la sempiterna silueta del pastor inmóvil en sus extraños zancos:

Los pastores andan sobre ciertos zancos, que son unos palos arrimados a las piernas, y, afirmando los pies en ellos, vienen a elevarse del suelo tal vez una vara, de suerte que el que no está prevenido creerá encontrarse de repente con gigantes. Andan así para descubrir mejor sus ovejas entre la espesura y, según pienso, para manejarse con facilidad en aquel terreno blando y en partes pantanoso. Con un cayado, que también llevan en la mano, se manejan, vuelven y corren sobre sus zancos lo mismo que por el suelo con sus pies, y además del cuidado de las ovejas se ocupan regularmente en hacer calceta o en otros ejercicios adaptables a aquella postura.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Voltaire atribuye la frase al rey de Francia, en su libro *Le Siècle de Louis XIV*. Dice que el monarca la pronunció en el momento en que los Borbones subían al trono de España, con el advenimiento de Felipe V, nieto del propio Luis XIV. Otros historiadores atribuyen la frase al Embajador de España de la época.

<sup>15</sup> Ponz, pp. 1691-1.692.

Ya en el siglo XII, el autor de la *Guía del peregrino a Santiago de Compostela* advertía que se exigían tres jornadas muy trabajosas para atravesar las Landas girondinas. «Esta es una tierra desolada —decía—, donde se carece de todo. No hay pan, ni vino, ni carne, ni pescado, ni agua, ni fuentes. Escasos son los pueblos en estas arenosas llanuras, que, en cambio, son generosas en mijo, en miel y carne de cerdo. Si acaso atraviesas las Landas en verano, esfuérzate en proteger tu rostro contra los enormes moscones que allí pululan, y se llaman tábanos. Y si no reparas en los sitios en donde metes el pie, te hundirás rápidamente hasta las rodillas en esa arena marina que lo invade todo». Cuando el famoso negociante Simón Ruiz escribió, en abril de 1565, a su amigo y asociado de Nantes Yvon Rocaz, para ofrecerle un encuentro en Burdeos, éste le aconsejó que desistiese de su propósito, por las molestias y demoras que encontraría en este camino de las Landas<sup>16</sup>. Por su parte, el canónigo Gálvez recuerda con escasa alegría sus aventuras landesas:

Desde Bayona a Gradignan se extienden las grandes Landas, que es el más miserable país de Europa, al que la naturaleza ha privado de los socorros y ayudas para que los vivientes pasen su vida. Es toda la tierra miserabilísima y un arenal continuado, cubierto de pinares, sin gota de agua. Y los caminos, por ser arena esponjosa, no se pueden conocer y con facilidad se pierde el rumbo. Los villajes son infelices, pobres y miserables, tanto que los de Galicia son el paraíso en su comparación. Las posadas, a más de desprevenidas son caras. En una, sólo por comer al mediodía la sopa, unos huevos y bacalao, por tres principales y un criado, pidieron siete francos, que son 28 reales.<sup>17</sup>

Siendo así las cosas, nadie quedará sorprendido al comprobar que nuestros viajeros españoles celebren su llegada a Burdeos como un verdadero retorno a la civilización. Cualquiera que sea la ruta de su última etapa, ponderan con entusiasmo la belleza de los paisajes, el risueño aspecto de las mansiones, la consoladora presencia de los habitantes, metamorfoseando así, por las virtudes de la hipérbole, su travesía de algunos arrabales muy ordinarios, en una ascensión sublime hacia un ansiado paraíso.

Ya están en Burdeos nuestros españoles. Inmediatamente, desde las primeras líneas de sus relaciones de viaje, todos se declaran sobrecogidos, asombrados y pasmados por su primer contacto con la capital de Aquitania. Todos preludian con el mismo tema, continuamente glosado: «buena y hermosa es la ciudad de Burdeos...» Aquí, es necesario abrir un pequeño paréntesis. Los seis principales relatos que señalamos al empezar esta ponencia, se sitúan en un período histórico que va del año 1755 al 1845. Ahora bien, la Historia nos revela que fue precisamente en este período cuando Burdeos conoció el apogeo de su riqueza comercial y marítima, el mayor incremento de su población, y la terminación de la mayoría de los monumentos que la hacen considerar como la joya arquitectónica del siglo XVIII. Por consiguiente, es esta hermosa ciudad neoclásica, grave y majestuosa, mas al mismo tiempo fina y elegante en sus ornamentos sutiles, la que describen nuestros españoles. Cerramos el paréntesis, y damos de nuevo la palabra a las relaciones de viaje.

<sup>16</sup> Henri Lapeyre, *Une famille de marchands, les Ruiz; Paris-Bordeaux, 1955, p. 66. Finalmente, se entrevistaron en Bayona.*

<sup>17</sup> Itinerario geográfico, f.º 101 r. *Son tanto más amargos estos recuerdos de Gálvez, cuanto que le robaron su capa en el coche cuando se hospedó en la posta de Laharie.*

Para gozar mejor de la perspectiva general de la ciudad, los viajeros se apresuran a subir en alguna de las colinas que dominan la orilla derecha del río Garona. Allí, su mirada abarca en su totalidad la espléndida imagen de la ciudad y su campiña, blandamente tendidas a lo largo de la majestuosa media luna que dibuja el curso de su río:

La primera impresión verdaderamente grande que experimenta el viajero que visita la Francia por este lado, es producida por el magnífico aspecto que despliega a su vista la ciudad de Burdeos. Y tal es la agradable sorpresa que le ocasiona, que en vano intentaría luego verla reproducida en ninguna de las grandes ciudades de Francia, ni aún en presencia de su inmensa y populosa capital. Para gozar del cuadro interesante que ofrece al viajero la capital de la Gironda, preciso le será trasladarse a la opuesta orilla del Garona, enfrente del vastísimo anfiteatro de cerca de una legua, que siguiendo la curva descrita por el río, forman los bellos edificios de la ciudad, terminada de un lado por el extenso y elegante cuartel de Chartrons, y al opuesto por el soberbio puente y los arsenales de construcción. Colocado el espectador enfrente de aquel magnífico panorama, puede sólo desde allí juzgar de la formidable extensión de esta gran ciudad, de la magnificencia y belleza de sus edificios y del movimiento y animación de su vida mercantil. La extraordinaria anchura del Garona, el atrevido puente que presta comunicación a ambas orillas, la inmensa multitud de buques de todas naciones que estacionan en el puerto, la extensión de los hermosos diques que sirven de defensa a los edificios, las dimensiones colosales, la forma elegante y bella de éstos, los extendidos paseos, y, luego allá en el fondo, y a espaldas del espectador, enfrente de la ciudad, la campiña más hermosa y más bien cultivada que imaginarse pueda, enriquecida con miles de casas de campo y de bellísimos y antiguos châteaux: tal es el admirable conjunto que se despliega a su vista.<sup>18</sup>

Luego, el viajero alarga e intensifica su gozo, penetrando lentamente en la ciudad, por esa especie de vía triunfal constituida por la travesía del Garona, ancha de cerca de quinientos metros en este lugar, y el cruce de la soberbia Plaza Real —hoy «Place de la Bourse»—, cuyo creador, el intendente Claude Boucher, había exigido que ofreciera al visitante un testimonio inmediato del esplendor de Burdeos<sup>19</sup>. Después hace un recorrido rápido por las principales calles de la ciudad, examinando las majestuosas perspectivas que ofrecen las fachadas, y la infinidad de los adornos de las ventanas y cornisas. Se detiene muy poco en lamentar el infeliz estado de las callejuelas del casco antiguo, y los inconvenientes del fango hediondo y pegajoso, que mana por los intervalos de los adoquines, los días de lluvia. Prefiere, como Mesonero Romanos, ensalzar «la construcción de las casas particulares, que no sólo se aparta en lo general de las rutinarias y mezquinas formas seguidas por los arquitectos españoles, sino que excede en belleza y elegancia a todo lo que suele verse comúnmente en las ciudades francesas»<sup>20</sup>, o como Fernández de los Ríos, apreciar «las cómodas tiendas, con portadas de madera, los zaguanes limpios, las escaleras cómodas y elegantes, a veces suntuosas, y los bonitos adornos de los balcones»<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> *Mesonero Romanos*, p. 277.

<sup>19</sup> Cruz y Bahamonde, Gálvez y Ponz cruzan el río en barco, entre el pueblecito de La Bastide y la ciudad de Burdeos. El puente de piedra, que Mesonero Romanos considera, en 1840, como uno de los más hermosos de Francia, mucho mejor que cuantos se pueden contemplar en París, no fue edificado antes de 1819-1821. Tiene 17 arcos, y su longitud alcanza 486 metros. Fue el primer puente construido en Burdeos, desde los orígenes de la ciudad. El transbordo en barco, con coches y caballos, era muy costoso: el canónigo Gálvez estima su precio exorbitante, cuando lo compara con lo que se cobraba en la misma época en las barcas de Coria y de Cantillana, sobre el Guadalquivir.

<sup>20</sup> *Recuerdos de viaje*, p. 278.

<sup>21</sup> *Itinerario descriptivo*, p. 25.

Entonces, nuestros viajeros emprenden la visita de los principales monumentos y lugares curiosos de Burdeos. Para economizar la paciencia del lector, dejaremos de seguir a la mayoría de ellos en sus imprescindibles estaciones en la plaza de la Comedia y la calle del Chapeau-Rouge, y en su concienzudo registro de las iglesias parroquiales. Sólo acompañaremos a unos viajeros, en su descubrimiento de algunos lugares pintorescos verdaderamente originales.

Allí está, por ejemplo, la Plaza Real, un conjunto arquitectónico edificado de 1740 a 1760, e inigualado en todo el siglo XVIII. En su ámbito se yergue el edificio de la Bolsa del Comercio, «el mejor de Francia», comenta el canónigo Gálvez, que luego añade, con una pizca de socarronería, que «lonja como la de Sevilla, no hay en la Europa»<sup>22</sup>. Antonio Ponz nos restituye aquella plaza, tal y como se presentaba en su diseño original, con la suntuosa estatua ecuestre del rey Luis XV, hoy desaparecida:

Una de las obras de mayor gusto y magnificencia que en los últimos tiempos ha engrandecido a Burdeos, es la plaza Real y sus edificios, entre ellos la Bolsa, la Aduana y otros de particulares, guardando todos uniformidad, con ornato de pilastras jónicas. En medio está la estatua ecuestre, en bronce, de Luis XV, ejecutada e inventada por el célebre Le Moyne, escultor del Rey, y grabada después por Nicolás Dupuis. Se erigió el año 1743, a costa de la ciudad, sobre un pedestal poco gentil y demasiado cargado de adornos. En dos de las caras hay bajorrelieves que representan la victoria de Fontenoy y la toma de Mahón por los franceses, en tiempo de dicho soberano. En los otros lados hay letreros. La estatua ecuestre es una gran máquina y ocupa un paraje ventajoso enfrente del Garona, que pasa por delante, y puede descubrirse bien del otro lado del río<sup>23</sup>.

Ahora viene otro lugar muy conocido por los bordeleses: las ruinas del antiguo anfiteatro romano, por mal nombre llamada Palacio de Galiano, que son los únicos restos de la ciudad antigua. Estas ruinas, hoy muy apocadas y desgastadas, se conservaron en bastante buen estado hasta fines del siglo XVIII. Prueba de ello, la descripción que nos ofrece Nicolás de la Cruz y Bahamonde:

El anfiteatro, llamado impropriamente Palacio de Galiano, porque fue comenzado bajo de este emperador, es el monumento más respetable que tiene Burdeos entre sus antigüedades. Él hace conocer que la ciudad merecía mucha atención a los romanos cuando erigieron este edificio, que por lo común adornaba las grandes poblaciones. Su figura era ovalada. El gran diámetro interior tenía 238 pies y su pequeño diámetro 168. El primero y el segundo componían 62 pies de elevación. En suma, él contenía todas las distribuciones que se requerían para la comodidad de las diferentes clases de gentes, según el gusto romano, y para la colocación de las fieras. Conserva varios trozos de su primera y segunda arcada. Se manifiesta casi toda su circunferencia. Subsiste aún uno de los ingresos principales, en el cual se observan seis arcos en disminución: cuatro de ellos están enteros y dos rotos en sus arquivadas. La fachada de este ingreso es bella. Conserva todavía el segundo cuerpo. Después de la Revolución han comenzado a destruir los restos de este anfiteatro y a labrar casas en su interior. Breve, desaparecerá de la vista de los burdeleses. Cuando están de acuerdo el furor y la ignorancia no se respeta lo más sagrado. Vendrá tiempo en que los sabios de este país sentirán la pérdida de unas memorias que tanto honraban su patria.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Itinerario geográfico, f.º 102 v.

<sup>23</sup> Viaje fuera de España, p. 1.692. *La estatua de Luis XV desapareció, arrebatada por las tormentas revolucionarias de fines del siglo XVIII.*

<sup>24</sup> Viaje por España, Francia, pp. 338-339.

Mientras que Víctor Hugo, fundándose en las ideas estéticas del romanticismo, lamentaba, en 1843, la progresiva destrucción del Burdeos medieval, los viajeros españoles manifiestan un escaso interés por este aspecto de la ciudad, contentándose con denunciar sus callejones retorcidos y sucios y sus edificios mezquinos y decrepitos. En verdad, su actitud es fácilmente comprensible. Acostumbrados a las antiguas ciudades de su tierra natal, aquéllas precisamente que hacen las delicias de Víctor Hugo, Gautier, Mérimée y otros viajeros románticos franceses, merecen ser disculpados, cuando se niegan a abandonarse a la nostalgia y al sentimentalismo, ante semejantes cuadros, hartos conocidos para ellos, y desprovistos de exotismo. Ni Mesonero Romanos, ni Modesto Lafuente, describen el antiguo Burdeos. Sólo Antonio Ponz se digna consagrarle algunas líneas; además, con el único propósito de ponderar mejor los méritos de la ciudad moderna:

El antiguo Burdeos es cosa fea; sus calles, por lo regular, estrechas, sucias y mal empedradas. El Parlamento se junta en un viejo palacio perteneciente a los antiguos duques de Guiena. Se ha tratado de trasladarlo a la casa que tuvieron los jesuitas, fábrica bastante grande, aunque sin concluir, en la cual hay una portada de ridícula y mezquina arquitectura. La plaza del mercado y la adjunta pescadería son distritos ahogados y de mala figura. La Casa de la Ciudad también es un edificio antiguo y de corta consideración.<sup>25</sup>

Al contrario, nuestros viajeros se hacen lenguas del Gran Teatro. Todos lo describen, ensalzando especialmente aquella innovación extraordinaria, que representaba, en pleno siglo XVIII, un teatro con peristilo inspirado en la antigüedad, y encareciendo ampliamente el lujo de los adornos. Nada existe —concluyen—, en ninguna ciudad francesa, incluida París, que merezca compararse con esta fábrica. En verdad, Burdeos llevaba un adelanto de casi un siglo en esta materia: la ópera de París, por ejemplo, no se inauguró antes de 1875.

Entre los demás lugares pintorescos que llaman la atención de nuestros españoles<sup>26</sup>, cabe señalar el cementerio de La Chartreuse. Ángel Fernández de los Ríos redacta una emocionada descripción de esa pomposa ciudad de los muertos, en la que perduran los signos exteriores de las diferencias sociales, a la vez que se ostentan las ingenuas invitaciones a un romántico culto del recuerdo:

Es muy digno de las visitas del forastero, religiosa y artísticamente, y también como objeto de curiosidad, el cementerio de Chartreuse, situado al oeste de la iglesia de San Bruno, y en el cual se entierran todas las personas del culto católico. Aunque más reducido, ofrece poco

<sup>25</sup> Viaje fuera de España, p. 1.693. El Cabildo Municipal tenía sus casas en el antiguo Palais de l'Ombrière (actualmente Place du Palais), que fue derribado en 1800. «La ciudad antigua no presenta más que calles comúnmente estrechas y tortuosas, plazas irregulares y reducidos edificios de mala vista, rivalizando con las más intrincadas callejuelas de Zaragoza, Toledo, Burgos y otras de nuestras capitales». (Fernández de los Ríos, p. 23).

<sup>26</sup> Fernández de los Ríos recalca el sistema del alumbrado imaginado por los concejales para la inmensa plaza de Quiconces, abierta en el antiguo sitio de la fortaleza de Château-Trompette: «Más bien que plaza es un paseo la de Luis Felipe. Tiene buenas calles de añosos y copudos árboles, que por su anchura traen a la memoria del viajero español el Prado de Madrid, pero no por su corta extensión. Ocupa la mayor parte del terreno de Château-Trompette, y antes se llamaba de Luis XVI. En el extremo que da al puerto hay dos «columnas rostrales» levantadas con objeto de que alumbraran a éste y a la plaza por medio de dos linternas, pero no han dado el resultado apetecido por su mezquindad. Tienen unas tres varas de diámetro y 26 de elevación. Se sube por una escalera interior hasta las linternas que están iluminadas por el gas. Sobre ellas se ven dos estatuas de piedra que representan la Navegación y el Comercio» (p. 23).

menos interés que el del Père Lachaise de París. Numerosas calles de frondosos y sombríos árboles se hallan en todos sentidos, y por donde quiera se ven esparcidas millares de cruces que indican la modesta sepultura de los individuos pertenecientes a la clase pobre, y magníficos y suntuosos sepulcros de piedra, de cuantas formas puedan imaginarse, que señalan los de personas de clases acomodadas, pues ya que es preciso que aún después de la muerte se haga notar la diferencia de fortunas y jerarquías, en aquellos lugares al menos no se priva como en España a la viudez o a la maternidad, pertenezca a la clase que quiera, del consuelo de arrodillarse sobre la tumba en que yace el hijo o el marido, y depositar sobre ella alguna corona de flores o dirigir fervientes preces por su reposo. Interesa, pues al viajero el examen de aquel sagrado recinto lleno de variedad de monumentos, entre los cuales algunos son de gran extensión, con estatuas, relieves, jarrones, flores y aún jardines alrededor, y especialmente si es español, pues puede estar seguro de encontrar el sepulcro de más de un compatriota, de algún amigo, acaso de un pariente. Entre los muchos españoles que los continuos cambios de gobierno han alejado de la península y muerto en el ostracismo, se encuentran varios oficiales y magistrados; también existe una inscripción que dice así: *Aquí yace el famoso pintor español Francisco de Goya, cuya lectura produce una inexplicable sensación de placer y de sentimiento a la par. Muchos son los epitafios originales que hay por todas partes. Recordamos éste, que inevitablemente deja un poco parado al curioso: *Bientôt on dira de vous ce qu'on dit de nous: ils sont morts!* —«¡Pronto dirán de vos lo que hoy dicen de nos: han muerto!»—; así como esta línea, que tan elocuentemente habla del corazón: *Passant, donne une larme à ma mère, en pensant à la tienne* —«Caminante, derrama una lágrima por madre, pensando en la tuya»—. <sup>27</sup>*

Y ya que acabamos de sumergirnos en el sentimentalismo que dimana siempre de las losas funerales y de la sombra de los cipreses, no podremos dejar de realizar aquella pintoresca y escalofriante visita a las catacumbas de Saint-Michel, que se recomiendan a los viajeros románticos como plato fuerte de su menú turístico girondino. En una cripta socavada en el basamento de la torre de la iglesia de San Miguel, soberbia aguja de piedra que culmina a más de cien metros, existe un extraño osario. Hace unos años, el visitante podía contemplar todavía allí, contra la pared de la cripta, la inquietante Danza de la Muerte que bailaban algunas decenas de momias, procedentes de un cementario próximo, cuya tierra tenía la propiedad de mantener los cadáveres en perfecto estado de conservación. Además del delicioso escalofrío que le proporcionaba esta entrevista con algunos parroquianos del otro barrio, nuestro español podía recrearse con los comentarios documentadísimos del guardián de la torre que, dejando algunos instantes el oloroso fricandó que estaba guisando en la misma puerta del osario, le recitaba de cabo a rabo la biografía de cada uno de sus huéspedes:

Este primero —decía—, que está de pie, tiene quinientos años. Este otro fue enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba: ved su actitud. Éstos que veis aquí son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido champiñones: éste es el padre; ésta es la madre; éstos los dos hijos. Este que sigue tiene ochocientos años. Este otro tiene ochenta: reparad; todavía conserva los retazos de la camisa con que fue enterrado. Éste es el cadáver de una negra: aún se le puede reconocer en la frente y en la nariz; ella conserva todavía algunos dientes. Este otro, de tan enorme y ancho pecho, era un mozo de esquina o porta-cargas; sucumbió bajo el peso de dos mil libras; tiene cinco pies y medio. Este es un antiguo general, que murió en un desafío: ver perfectamente la herida al costado derecho; todavía conserva la barba: reparad qué rubio era. Esta es una mujer que se enterró hace trescientos años, y aún conserva los dientes y algunos cabellos. Aproximaos a este otro; meted por aquí el dedo, y aún tocaréis el corazón». Etc., etc... <sup>28</sup>

<sup>27</sup> Itinerario, p. 24.

<sup>28</sup> Lafuente, p. 154-156. *La visita del osario de San Miguel constituía uno de los grandes paseos del Burdeos romántico. Víctor Hugo, Alexandre Dumas y Théophile Gautier se divierten muchísimo cuando la evocan.*

Ahora, ya es tiempo de que dejemos esas evocaciones de los monumentos y sitios pintorescos de Burdeos, y nos interesemos por su vida económica. En verdad, ese aspecto de las cosas no cautiva siempre la curiosidad de nuestros viajeros, y el historiador no puede contar con que le ofrezcan un panorama completo de la agricultura, la industria y el comercio de Burdeos entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX. Naturalmente, todos ponderan las excelencias de los vinos. Pero muy pocos se arriesgan a estudiar los diferentes caldos, los arcanos de la vinicultura y el complicado proceso de la comercialización<sup>29</sup>. Mesonero Romanos apunta que las cepas cultivadas en la campiña de Burdeos se elevan a una altura considerable y están sostenidas por varas derechas, no caídas por el suelo como las de la Mancha y Andalucía<sup>30</sup>. Cruz y Bahamonde se complace en citar algunos famosos «castillos», españolizando sus nombres:

*Naturalmente, los viajeros españoles de mediados del siglo XIX se someten a esa tradición: Domingo Faustino Sarmiento, Petano y Mazariegos, Fernández de los Ríos la recuerdan, muy gustosos. He aquí la descripción que da Théophile Gautier:*

«Nous nous rendîmes, mon compagnon et moi, à la tour Saint-Michel, où se trouve un caveau qui a la propriété de momifier les corps qu'on y dépose. Le dernier étage de la tour est occupé par le gardien et sa famille qui font leur cuisine à l'entrée du caveau et vivent là dans la familiarité la plus intime avec leurs affreux voisins. L'homme prit une lanterne et nous descendîmes par un escalier en spirale, aux marches usées, dans la salle funèbre. Les morts, au nombre de quarante environ, sont rangés debout autour du caveau et adossés contre la muraille; cette attitude perpendiculaire, qui contraste avec l'horizontalité habituelle perpendiculaire des cadavres, leur donne une apparence de vie fantasmagorique très effrayante, surtout à la lumière jaune et tremblante de la lanterne qui oscille dans la main du guide et déplace les ombres d'un instant à l'autre. L'imagination des poètes et des peintres n'a jamais produit de cauchemar plus horrible; les caprices les plus monstrueux de Goya, les délires de Louis Boulanger, les diableries de Callot et de Teniers ne sont rien à côté de cela, et tous les faiseurs de ballades fantastiques sont dépassés. Il n'est jamais sorti de la nuit allemande de plus abominables spectres; ils sont dignes de figurer au sabbat du Brocken avec les sorcières de Faust. Ce sont des figures contournées, grimaçantes, des crânes à demipelés, des flancs entrouverts, qui laissent voir, à travers le grille-gas, des côtes, des poumons desséchés et flétris comme des éponges: ici la chair s'est réduite en poudre et l'os perce: là, n'étant plus soutenue par les fibres du tissu cellulaire, le peau parcheminée flotte autour du squelette comme un second suaire; aucune de ces têtes n'a le calme paisible que la mort imprime comme un cachet suprême à tous ceux qu'elle touche; les bouches bâillent affreusement, comme si elles étaient contractées par l'incommensurable ennui de l'éternité, ou ricanent de ce rire sardonique du néant qui se moque de la vie; les mâchoires sont disloquées, les muscles du cou gonflés; les poings se crispent furieusement; les épines dorsales se cambrent avec des torsions désespérées. On dirait qu'ils sont irrités d'avoir été tirés de leurs tombes et troublés dans leur sommeil par la curiosité profane. Le gardien nous montra un général tué en duel — la blessure, large bouche aux lèvres bleues qui rit à son côté, se distingue parfaitement —, un portefaix qui expira subitement en levant un poids énorme, une négresse qui n'est pas beaucoup plus noire que les blanches placées près d'elle, une femme qui a encore toutes ses dents et la langue presque fraîche, puis une famille empoisonnée par des champignons, et, pour suprême horreur, un petit garçon qui, selon toute apparence, doit avoir été enterré vivant. Cette figure est sublime de douleur et de désespoir; jamais l'expression de la souffrance humaine n'a été portée plus loin: les ongles s'enfoncent dans la paume des mains; les nerfs sont tendus comme des cordes de violon sur le chevalet; les genoux font des angles convulsifs; la tête se rejette violemment en arrière; la pauvre petite, par un effort inouï, s'est retournée dans son cercueil. L'endroit où sont ces morts est un caveau à voûte surbaissée; le sol d'une élasticité suspecte, est composé d'un débris humain de quinze pieds de profondeur. Au milieu s'élève une pyramide de débris plus ou moins bien conservés; ces momies exhalent une odeur fade et poussiéreuse, plus désagréable que les âcres parfums du bitume et du natrum égyptien; il y en a qui sont là depuis deux ou trois cents ans, d'autres depuis soixante ans seulement; la toile de leur chemise ou de leur suaire est encore assez bien conservée». (Voyage en Espagne; éd. Julliard, coll. «Littérature»; Paris, 1964, pp. 34-36.)

<sup>29</sup> El cultivo de la vid fue introducido en Burdeos durante el primer siglo de la era cristiana. Inmediatamente, conoció un gran desarrollo. Ya en esa época el vino se exportaba hacia Bretaña (la actual Inglaterra). En el siglo XII, la Guía del peregrino a Santiago de Compostela ensalzaba ya la abundancia y calidad de los vinos de Burdeos.

<sup>30</sup> Recuerdos de viaje, p. 274.

Lafita, Latorre, Sentamillón, etc...<sup>31</sup>. En definitiva, quien describe mejor estos vinos de Burdeos, es don Antonio Ponz:

Se calcula la cosecha en ocho millones de arrobas. Lo hay de diferentes calidades y precios: aquélla, según la varía virtud de los terrenos que tiene vino y los precios a proporción de su delicadez. Al mejor, le llaman *grave*, y es de terreno con mezcla de cascajo; a otro llaman *palú* y *petit palú*, de terreno gredoso. El vino de Medoc, territorio entre Burdeos y el mar, participa de las cualidades de los otros distritos: lo hay muy subido de color, es óptimo para conservarse en largos viajes y resistente a las alteraciones que suelen experimentar estos licores en la Línea y trópicos. Saben hacer aquí muy buenas mezclas y de suma utilidad para el comercio, y sirven principalmente en esta operación los vinos de Cahors, en Francia, y los de Benicarló, en España. En fin: ello es que a estos vinos, según sus mezclas y calidades, les dan treinta o cuarenta nombres. ¡De cuántas formas no se podrían hacer y cuántos nuevos nombres no se podrían dar a los muchos y generosos vinos que produce nuestro territorio! ¡A qué punto no subiría su preciosidad, cuánto despacho y qué riqueza no podría traer al reino si se hiciesen nuestros vinos con los principios, diligencia y estudio que en Burdeos!<sup>32</sup>

Sobre las industrias bordelesas, poco nos enseñan los viajeros españoles. Ponz recalca la importancia de las refinerías de azúcar, cuyo número asciende a 24, en el año 1783. Cruz y Bahamonde señala el hospicio-manufactura, en que están congregados los niños y niñas huérfanos, que hilan y tejen medias y otras varias manufacturas; y describe el curioso artefacto imaginado por el cónsul americano Juan Teynat, que hizo fabricar, en el barrio de Chartrons, 24 molinos accionados por los flujos de las mareas del río Garona<sup>33</sup>. Tampoco se muestran prolijos nuestros viajeros en sus descripciones del puerto. Generalmente, se satisfacen con pintar a largas pinceladas la sempiterna perspectiva de los muelles y de la media luna del río, y el espectáculo alegre de las velas y pabellones de los centenares de navíos de todas las partes del mundo, anclados en sus aguas. En este sentido, la mejor evocación de aquella «puerta del océano» emana de la pluma de don Antonio Ubilla y Medina, Marqués de Ribas, en su crónica de la entrada del rey Felipe V de España a Burdeos, en el año 1700:

Luego que su Majestad llegó al puerto (de Blaye), se embarcó en el batel que le tenían prevenido los Jurados de Burdeos. Este tenía un género de popa o camarín, el cual estava colgado de alto abajo de terciopelo carmesí, con franjas y flecos de oro. (...) Este batel tenía velas ni remos, pero le remolcavan quatro chalupas armadas con veinte y cinco remeros cada una, vestidos en su traje de damasco azul con franja de plata. A las quatro de la mañana, empezó a navegar su Majestad la buelta de Burdeos, acompañándole un considerable número de embarcaciones

<sup>31</sup> Viaje de España, pp. 361-362.

<sup>32</sup> Viaje fuera de España, p. 1694.

<sup>33</sup> Ponz, Viaje fuera de España, p. 1.695. Cruz y Bahamonde, Viaje por España, pp. 351 y 366. He aquí los detalles que este autor nos revela sobre los molinos de Chartrons: «Sin embargo del mal resultado que han tenido los veinte y cuatro molinos que hizo fabricar en el barrio de Chartrons Juan Teynat, cónsul americano, son dignos de verse. El proyecto a primera vista parecía excelente. Él se reducía a tomar las aguas del Garona, que está a pocos pasos, en las horas de creciente. Estas no sólo debían dar movimiento a los molinos en su flujo periódico, sino que internándose las aguas, las detenían en grandes reservatorios para que en su refluxo pudiesen moler hasta la siguiente marea, como se observa en España en Chiclana e inmediaciones de Cádiz. No obstante todo se frustró. Las aguas introducidas llevaban consigo tanto lodo, de que se compone el fondo del río, que brevemente se cegaron los huecos de las ruedas y de los conservatorios. A pesar de todas las tentativas para limpiarlos y para impedir la entrada de la tierra, los molinos no han logrado su efecto más que unos seis años. En el día están abandonados. Ciertamente el bello orden con que están formados, en fila todos en un salón, el excelente mecanismo de sus ruedas, la distribución de las aguas, y la solidez y buena repartición de todo el costoso edificio merecían mejor suerte». (pp. 365-366).

menores de todos géneros. Y el tiempo que duró la embarcación alternaban los barcos de música, instrumentos, clarines y timbales. Dióse vista a la villa a los ocho de la mañana, y su Majestad y Altezas Reales fueron saludados de la artillería del castillo y de un gran número de bajeles franceses, ingleses y holandeses y de otras naciones, que todos desplegaron el velamen de sus navíos y adornaron de pavesadas<sup>34</sup>.

Sobre el comercio de Burdeos, nuestros viajeros nos ofrecen apenas unas cuantas consideraciones generales. Cruz y Bahamonde y Antonio Ponz describen las numerosas tiendas instaladas bajo el peristilo del teatro, algunas de ellas dedicadas a la venta de libros. Alejandro de Gálvez evoca el constante bullicio que anima los patios y los corredores del Parlamento, transformados en galerías comerciales para el uso de los pleitistas y de los oficiales de la Justicia. Petano y Mazariegos ensalza el lujo de las tiendas bordelesas, que, según él, alcanzan el primor de las mejores de París y de Londres<sup>35</sup>. Naturalmente, todos esos elogios convencionales cobran mayores hinchazones desde el momento en que los autores de las crónicas abordan la descripción del gran negocio vánico y colonial<sup>36</sup>. Ponz estima que «se comercia en Burdeos por 130 millones de libras, anualmente, que son 520 millones de reales». Fernández de los Ríos valúa en 200 el número de las embarcaciones mayores que llegan anualmente a Burdeos, de las Indias y de las colonias americanas y africanas<sup>37</sup>. En 1840, Mesonero Romanos señala el importante aporte que recibe este comercio, con la llegada en Burdeos de los numerosos negociantes españoles e hispanoamericanos, que huyeron de las discordias civiles que agitaban su patria<sup>38</sup>. El corazón de toda aquella inmensa actividad late en el edificio de la Lonja. Allí, se organizan y regularizan los tráficos. Allí, se juzgan los litigios y se discuten los tráficos. Allí, se verifican las almonedas de los bienes embargados y de las presas de los corsarios. He aquí la estampa que nos pinta Cruz y Bahamonde de ese famoso santuario:

La Bolsa, o Lonja, es soberbia. En los corredores bajos concurre diariamente un número crecido de negociantes. Aquí son las citas y el punto de reunión para encontrarse. Se toman las noticias y se hacen muchos contratos. En lo alto están las oficinas del consulado, compuesto de un presidente y seis cónsules. Cinco substitutos, en los casos necesarios, deben suplir por ellos. (...) En la sala de las conferencias, se estaba tratando una disputa marítima de la pertenencia de una presa inglesa, valor de quinientos mil pesos, o dos millones de libras, que pretendían dos corsarios cada uno haberla hecho de por sí. Se decidió dando al uno 400.000 libras y el resto al otro. Hay otra sala destinada para las ventas a pregón o en almoneda. Por lo común se hacen

<sup>34</sup> Successión del rey d. Philippe V, p. 38-39.

<sup>35</sup> Cruz y Bahamonde, p. 350. Ponz, p. 1693. Petano, p. 42.

<sup>36</sup> *El comercio de Burdeos con las Antillas se desarrolla a partir de 1680. Durante el siglo XVIII, con el tráfico americano y la venta de los vinos, Burdeos viene a ser el primer puerto de Francia. En 1789, de cada cinco navíos mercantes franceses, uno pertenece a los armadores bordeleses; y el puerto girondino distribuye cerca de la mitad de las reexportaciones coloniales francesas. El valor total del comercio bordelés pasa de 13 millones de libras en 1717 a 250 millones en 1789. En 1770-1773 Burdeos remite 226 navíos cada año a las Antillas, mientras que sólo remitía 115 en 1730-1733. Lo esencial del tráfico lo constituían, por una parte los géneros coloniales (azúcar y café), principalmente llevados de la isla de Santo Domingo (francesa desde 1697), y por otra parte las producciones de la tierra girondina y el valle del Garona: harinas, ciruelas pasas, vinos, carne de vaca conservada, cáñamo, etc... El auge del tráfico americano nunca fue un obstáculo para el desarrollo paralelo del comercio con la Europa del norte, Africa y el Océano Indico. (Histoire de Bordeaux, publiée sous la direction de Charles Higounet; Toulouse, éd. Privat, 1980).*

<sup>37</sup> Ponz, p. 1.694. Fernández de los Ríos, p. 22.

<sup>38</sup> Mesonero Romanos, p. 278.

con una pequeñísima luz, que es la que decide la suerte del postor. El último que mejora la postura, cuando la luz se apaga, se lleva la especie. Actualmente se vendían así ricos cargamentos de presas portuguesas. Los buenos sucesos los animan de tal modo, que tienen gran espíritu para armár corsarios<sup>39</sup>.

Y, ¿qué noticia de los bordeleses? Como era de esperar, los viajeros del siglo XIX se afanan en ofrecernos el imprescindible retrato del habitante-tipo de Burdeos, el inevitable cuadro costumbrista del bordelés «medio». Dice Antonio María Segovia: «Obsérvese el aspecto, carácter y modales de los habitantes de Burdeos, que tienen un sello particular. Son alegres, locuaces, ponderativos y jactanciosos, como buenos gascones; de trato amable y generoso. Las mujeres son lindas y graciosas, pero sobradamente aficionadas al lujo y la disipación. Se habla aquí el francés con un acento propio del Mediodía, que el extranjero debe huir de imitar». Y Fernández de los Ríos: «Los habitantes de Burdeos merecen el concepto de honrados, joviales y de buen carácter. Sus trajes siguen, como es consiguiente, las modas de París, pero más exageradas, porque, y sea dicho de paso, escasamente habrá población en que con más descuido y estudiado desaliño se vista, que en la capital de Francia: sirva esto de advertencia a los que en nuestro país copian al pie de la letra los más ridículos figurines»<sup>40</sup>. Cualquiera que sea la época en que visitan Burdeos, todos los viajeros españoles recalcan el extraordinario abigarramiento de su población, donde se codean representantes de las razas y confesiones más dispares<sup>41</sup>. El canónigo Gálvez denuncia a los judíos que colonizan los medios mercantiles, a la par que aprecia, con cierto alivio, la escasez de los hugonotes. Fernández de los Ríos señala los templos de las diferentes religiones: la católica, la judía, las protestantes e incluso la anglicana. Antonio Ponz alude a los esclavos negros, en general criados de los indianos y de los ricos negociantes, que testifican del provechosísimo comercio de la «madera de ébano». Estos negros, añade Cruz y Bahamonde, tienen su hospital particular, edificado en un lugar apartado, extramuros de la ciudad<sup>42</sup>. En Burdeos, los extranjeros son tan numerosos, y el papel que desempeñan en los grandes negocios es tan destacado, que, en 1845, se enumeran 30 cónsules de diversas naciones<sup>43</sup>. Desde que empezaron las Guerras Carlistas, los españoles no cesan de afluir a orillas del Garona, aportando a Burdeos esta coloración ibérica tan peculiar que hemos recalcado ya. En las calles, se habla el castellano y los músicos ambulantes tocan, a pedir de boca, la jota y la cachucha<sup>44</sup>. Pero el representante de la sociedad bordelesa que arrebató mejor la curiosidad de los viajeros, es un tipo de moza de las clases medias, cuya hechicera belleza propaga su fama al país entero. Estas *grisettes*, impropriamente designadas en español con la palabra «modistillas», parecen haber se-

<sup>39</sup> Pp. 346-347.

<sup>40</sup> Segovia, p. 157-158. Fernández de los Ríos, p. 26.

<sup>41</sup> Burdeos tenía 45.000 habitantes a principios del siglo XVIII, 60.000 hacia 1750 y 111.000 en 1790. En esta última fecha, era la tercera ciudad de Francia, después de París y Lyon. En el siglo XVIII, la población bordelesa contaba con una media de 300 «americanos», emigrados o criollos, y otros tantos negros. En 1752, los judíos eran casi 2.000, siendo el grupo de los judíos «portugueses» (en realidad de origen ibérico en general) el más numeroso (1.500 personas) así como el más rico e influyente. (Histoire de Bordeaux, op. cit.).

<sup>42</sup> Ponz, p. 1.696. Cruz y Bahamonde, p. 343.

<sup>43</sup> Fernández de los Ríos, p. 26.

<sup>44</sup> Mesonero Romanos, p. 266.

ducido a casi todos nuestros viajeros, entre los cuales, la verdad histórica nos obliga a mencionar, en 1846, a Domingo Faustino Sarmiento, el futuro presidente de la República Argentina<sup>45</sup>. Así habla Fernández de los Ríos: «En Burdeos, existe ya en toda su integridad un tipo especial en aquel reino, el de las modistas o de las grisetas, famosas por su general belleza, aseo, sencillez y buen gusto, y sobre todo por su gracia proverbial». Y Modesto Lafuente: «Dase en Burdeos el nombre de grisetas a las modistas, demas de obrador y otras mujeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo. (...) Son mujeres lindas y agraciadas, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador»<sup>46</sup>.

Los relatos de viajes nos revelan interesantes detalles sobre la vida y las costumbres de los ricos burgueses. Cruz y Bahamonde bosqueja un cuadro idílico de la jornada del negociante, que evacúa sus negocios por la mañana, y luego va a comer, solazarse y dormir en su bucólica casa de campo, verdadero paraíso terrenal, con florecidos jardines, discretos pabellones y cómodos salones rebosantes de obras de arte<sup>47</sup>. También Mesonero Romanos se complace en ensalzar este sabor epicuriano de la vida bordelesa:

Quando el sol de junio empieza a ejercer sus rigores y las bellísimas orillas del Garona se cubren de un admirable verdor, el amable habitante de Burdeos, para quien el disfrutar de la vida es un negocio positivo, una necesidad real, suspende temporalmente sus tratos mercantiles, sus ocupaciones serias, y corre a refugiarse con su familia en algún pintoresco *château* en medio de vastos y deliciosos jardines, de ricos viñedos y de inmensos y apacibles bosques. La ciudad, por aquella estación, parece más desierta aún, y nadie diría sino que la población entera se había trasladado al radio de algunas leguas. En las calles, en los paseos, en los teatros, apenas se encuentra a nadie, y a cualquiera casa a quien uno se dirija para visitar a los dueños, está seguro de que la vieja portera le ha de responder: *monsieur et madame sont à la campagne*. No han huido, sin embargo, de la ciudad, para evitar la vista de sus amigos, para sepultarse en una mísera aldea ni para adoptar una vida filosófica o pastoril. Lo que ellos llaman su castillo no tiene, a la verdad, el carácter severo y el formidable aparato que aquel nombre indica, y no es otra cosa que un elegante edificio cuadrado, con algunas torrecillas o pabellones en sus esquinas, situado en medio de un espacioso bosque o jardín, al fin de un largo paseo o avenida formada de dobles filas de árboles frondosos y circundado, en vez de fosos, por elegantes parterres de flores, lindos estanques, fuentes, estatuas y floreros. Es en fin una verdadera quinta o casa de campo, con todos sus agradables accesorios, y adornada interiormente con tan exquisito gusto y elegancia como las más primorosas de la ciudad (...). Llegado, como hemos dicho, el mes de junio, toda la familia corre a saborear la regalada mansión de la *campagne*. Los criados de la casa, los jornaleros y vecinos comarcanos acuden a festejar su venida. Y luego de instalados convenientemente, reciben y pagan diarias visitas de todos los demás propietarios, habitantes como ellos temporales del campo, y aquellas mismas familias que en la ciudad apenas suelen saludarse, llegan a ser íntimas bajo la suave influencia de la campiña. Así es como pueden improvisarse, y

<sup>45</sup> Noël Salomon, *Le séjour de D. F. Sarmineto à Bordeaux en 1846, et sa suite...*; art. cit. *He aquí como Théophile Gautier describe las grisettes*: «Ce qui anime la ville, ce sont les grisettes et les femmes du peuple, elles sont réellement très jolies: presque toutes ont le nez droit, les joues sans pommettes, de grands yeux noirs dans un ovale pâle d'un effet charmant. Leur coiffure est très originale; elle se compose d'un madras de couleurs éclatantes, posé à la façon des créoles, très en arrière, et contenant les cheveux qui tombent assez bas sur la nuque; le reste de l'ajustement consiste en un grand châle droit qui va jusqu'aux talons, et une robe d'indienne à longs plis. Ces femmes ont la démarche alerte et vive, la taille souple et cambrée, naturellement fine. Elles portent sur leur tête les paniers, les paquets et les cruches d'eau qui, par parenthèse, son d'une forme très élégante. Avec leur amphore sur la tête, leur costume à plis droits, on les prendrait pour des filles grecques et des princesses Nausicaa allant à la fontaine» (*Voyage en Espagne, éd. cit., p. 33*).

<sup>46</sup> Fernández de los Ríos, p. 26. Lafuente, p. 93.

<sup>47</sup> Pp. 358-359. El autor describe la casa de campo de la familia de un amigo suyo, el doctor Rabac, médico judío de orígenes españoles y portugueses.

se improvisan a todas horas grandes cabalgatas a visitar algunas ruinas cercanas: animadas cacé-rías o paseos acuáticos a la luz de la luna; festines abundantes y delicados, y hasta elegantes bailes y animadas *soirés* (...). Las fiestas patronales de los pueblos circunvecinos, las bodas de los dependientes, los exámenes de las escuelas comunales, los baños y las vendimias, sobre todo, son ocasiones de repetidas fiestas en que suele reunirse bajo el humilde campanario de la aldea o en sus rústicos campos y jardines la más escogida sociedad de *Château-Trompette*. Puede calcularse si estos risueños contrastes, si estos cuadros animados prestarán encanto a la imaginación ardiente, al festivo carácter de los habitantes de la Gironda.<sup>48</sup>

De una manera general, los viajeros hablan poco de la vida intelectual de la ciudad. Se ciñen a un inventario de los centros docentes, los seminarios, las bibliotecas, las academias y los gabinetes científicos.<sup>49</sup> Sin embargo, don Alejandro de Gálvez nos ofrece un interesantísimo retrato de un canónigo de la Catedral de Burdeos, un ejemplo perfecto del ilustrado del siglo XVIII, aficionado a las ciencias y a las letras, y muy amante de la cultura española:

Un canónigo se acercó a nosotros y hablándonos en español, nos introdujo en el coro (de la Catedral), donde nos colocaron después de los canónigos y asistimos a los oficios (...). La casa de este canónigo es muy linda, y la tenía adornada con decencia propia de un eclesiástico. Era hombre de grande aplicación, y con ella sólo había aprendido la lengua española, por utilizarse de nuestros buenos libros en su librería, que, a más de numerosa, era selectísima. Allí hallé los mejores historiadores de España; Mariana, Los Anales de Aragón, Los de Sevilla de Zúñiga, Ambrosio de Morales, Morgado, Espinosa, Alderete, Padilla, el Diccionario de Covarrubias, varios santorales todo en español, y otro sin número de libros y poetas españoles, breviarios y misales de nuestras yglesias; pero uno de los más raros, que no se encontrarán en nuestro reyno, fue la Biblia en español, impresión muy antigua, de tiempo del señor cardenal Cisneros. Ciertamente que ninguna librería de España tendrá mejor número de libros españoles antiguos que la que registré en la casa de este docto canónigo.<sup>50</sup>

Parece más sorprendente el que nuestros viajeros no hagan sino escasas alusiones a las especialidades gastronómicas girondinas. Hablan abundantemente de la producción y del comercio de los vinos, pero, por lo visto, muestran poco interés en probarlos y saborearlos. De las fondas y de los hoteles no escriben sino cosas muy generales<sup>51</sup>.

<sup>48</sup> Recuerdos de viaje, p. 279 y 281.

<sup>49</sup> «La Universidad, la fundó el rey Luis XI, en el año de 1473. Tiene un buen edificio y gran número de cátedras. Varios son los colegios; el más célebre es uno del que son patronos los Jurados. A más de los estudios generales de la Universidad, los hay en la casa grande de los Dominicos, que es bello edificio, y nuevo, y en el colegio de la Compañía, que es de lo mejor de la ciudad. Adornan ésta asimismo grandes seminarios, que son el Eclesiástico, el de la Misiones y el Irlandés, como asimismo una Academia Real de Ciencias y Bellas Letras». (Gálvez, folios 103-104; visita Burdeos en 1755). «En punto a establecimientos de instrucción pública y curiosidades, mencionaremos la Academia de Burdeos, que tiene facultad de teología, de literatura, una escuela secundaria de medicina, un colegio real de primera clase y siete colegios municipales. La biblioteca de la ciudad, con más de 4.000 obras, componiendo 110.000 volúmenes (sic), entre los que hay libros raros, manuscritos y ediciones del siglo XV. El gabinete de Historia Natural, bastante considerable aunque escaso de fondos. El depósito de antigüedades, pobre en general. El observatorio de Marina, la escuela de dibujo, la galería de cuadros, entre los cuales los hay de las escuelas francesas, flamenca e italiana. La enseñanza de botánica y jardín de plantas, la academia real de ciencias y bellas letras, la fundación real de sordos mudos, la sociedad real de medicina, la escuela real de partos, la sociedad de farmacia, la médica de emulación, la real de agricultura, la de horticultura, el instituto agrícola de San Luis, los cursos municipales de química, mecánica, la escuela normal primaria y las de las hermanas de la Caridad, 18 pensiones o colegios para jóvenes y 7 para señoritas». (Fernández de los Ríos, p. 26; describe el Burdeos de 1845).

<sup>50</sup> Gálvez, folio 106.

<sup>51</sup> Fernández de los Ríos da una lista de los hoteles, acompañada de ciertas advertencias para su utilizador (p. 26). Modesto Lafuente describe largamente los hoteles de Burdeos, que nos presenta como el tipo medio de los hoteles franceses (pp. 80 a 85).

El único viajero que se abandona a las delicias tentadoras del quinto pecado mortal, con la mejor intención, es el sevillano Alejandro de Gálvez. En 1755, este digno canónigo se hospeda en el Hotel de Inglaterra, bella posada, con lindas salas bien adornadas, limpias camas y abundante mesa. Allí prueba el chocolate a la francesa, y lo encuentra muy espeso y mantecoso, condenándolo sin apelación, por muy inferior al chocolate sevillano, el más fino y bien preparado que se pueda encontrar dentro y fuera de España. Mas, llevando adelante sus experiencias, se aventura en catar un plato típico de Burdeos, que es el salmón fresco, cocido en el vino, y adobado con aceite y vinagre, y lo declara una de las cosas más ricas y regaladas de la tierra<sup>52</sup>.

Los viajeros manifiestan más interés por las diversiones públicas. Describen los paseos favoritos de los burgueses y del pueblo. Mencionan los cafés, los casinos, los baños y otros sitios públicos. Lafuente evoca a los farsantes y a los héroes que solicitan a los transeúntes de la alameda de Tourny. Y el canónigo Gálvez nos hace la curiosa revelación, que nos confesamos incapaz de infirmar o de confirmar, de una posible experiencia tauromáquica ocurrida en el año 1755: «No muy lejos de la ruinas (del anfiteatro romano), estaba construyendo la ciudad una hermosa plaza de toros, toda en piedras (...). Después supimos, en Zaragoza, llevaron de ella picadores y demás aficionados que celebraron sus fiestas con general aceptación y espanto de los franceses, que no habían experimentado jamás el valor de los españoles con estas fieras»<sup>53</sup>. Por fin, nuestros viajeros insisten bastante sobre las representaciones dramáticas y musicales que presenciaron en el Gran Teatro, no sólo por su carácter brillante y la variedad de sus programas, sino también a causa de la personalidad muy peculiar del público bordelés, de gustos particularmente afirmados, espíritu levantisco y juicios muy rotundos<sup>54</sup>. Fernández de los Ríos se complace en apreciar la imparcialidad de dicho público y la firmeza de sus fallos:

«La tragedia, el drama moderno que ha procurado sustituirla, la comedia siempre contando con el favor del público, la ópera con su aparato y el baile con su ligereza y magnífico brillo, han reinado y reinan alternativamente en este coliseo, que cuenta todos los años con los artistas más sobresalientes que vienen de París, sin que esta circunstancia influya en los habitantes de Burdeos para que dejen de someterlos a nueva prueba, con arreglo a la cual dan fallo muchas veces más justo que el de la Capital, por ser independiente de toda influencia de amistad o de compadrazgo. Allí se silba sin miramiento lo malo y se aplaude con entusiasmo lo bueno. Y en punto a silbidos y aplausos, si el forastero presencia una función acompañada de ellos, de seguro notará la distancia que hay del pacífico público de nuestra España, al agitado y alborotador

<sup>52</sup> V. nota 50.

<sup>53</sup> Folios 100 y 110.

<sup>54</sup> Naturalmente, el canónigo Gálvez no pudo conocer el Gran Teatro, abierto solamente en 1780. Más por eso no dejó de tener dos experiencias contradictorias del mundillo teatral bordelés. La primera, la tuvo en su hotel, a modo de edificación suya sobre las costumbres de los cómicos galos: «En el tiempo que estuvimos aquí, no llegó más sujeto que un hombre y una mujer en su coche; después supimos era una comedianta que, acabada la comedia, se retiraba con este sujeto y pasaron aquí la noche; en semejantes cosas hay exceso notable en este Reyno» (folio 102). Su segunda experiencia fue una amarga desilusión: deseoso de presenciar una representación en el Teatro Principal de Burdeos, tuvo que renunciar a ello, por ser prohibida tal asistencia a los eclesiásticos, por órdenes de la Superioridad.

de Francia». <sup>55</sup> Mesonero Romanos se muestra más severo para con el público bordelés:

«Este teatro principal —dice— es poco frecuentado por la desdeñosa aristocracia bordelésa, que sólo se digna visitarle cuando la célebre trágica Rachel o el tenor Duprez, aprovechando la licencia temporal que les conceden en los teatros de París, vienen a ofrecer a los habitantes de las orillas del Garona el tributo de sus talentos, a cambio de un premio enorme y de un entusiasmo imposible de describir» <sup>56</sup>. Quienquiera que conozca un poco las manías y los hábitos conformistas del público actual del Gran Teatro de Burdeos, no podrá dejar de aprobar enteramente la severa apreciación de Mesonero. Desgraciadamente, nos falta tiempo para dejemos la palabra, por última vez, a Modesto Lafuente, quien, en sus *Viajes de Fray Gerundio*, relata una insólita, a la par que divertidísima representación de ópera, que presencié durante su estancia en Burdeos, en 1841, y/a la que compara con una corrida de toros. Allí se aplicó con el máximo rigor aquel curioso artículo del reglamento del Gran Teatro, que obligaba a todo cantante que aspirase a ocupar plaza en la compañía, a sufrir el ensayo de tres salidas en representaciones públicas, siendo así los espectadores los supremos jueces de su porvenir artístico. «La elección no puede ser más directa, ni el gobierno más democrático» —comenta el historiador madrileño—: «En esta república lírica, la soberanía reside esencialmente en el pueblo» <sup>57</sup>. ¡Se no è vero, è bene trovato!

Con esta última pincelada, daremos por rematada nuestra evocación de Burdeos, realizada por mediación de los viajeros españoles de los siglos XVIII y XIX. Cualesquiera que sean sus imperfecciones, todos estos relatos encierran un indiscutible interés, no sólo para los historiadores, sino también para todos los aficionados a las cosas del pasado; un interés que aumenta con el placer que se desprende de las perversas seducciones de la literatura. Desde luego, no incurriremos en el error de considerarlos como otros tantos documentos históricos. No son sino mosaicos de imágenes e impresiones esparcidas por el tiempo y el espacio, cuyo análisis exige la mayor ponderación. En consecuencia, este retrato de Burdeos que acabamos de pintar, no debe ser considerado como una descripción objetiva y razonada. Eso no significa que estos relatos de los viajeros hispanos carezcan en absoluto de interés científico. Los estudiosos del arte, de la sociedad, de la economía, no dejarán de espigar en estas páginas algún que otro dato curioso. Sin embargo, el que ha de sacar más provecho de ello, es el historiador de las mentalidades. Si analiza estas evocaciones como otros tantos clisés estereotipados, que fueron alimentando la memoria colectiva del público, podrá explicar quizá, aunque muy parcialmente y en dominios muy limitados, los prejuicios y las actitudes contradictorias que, hasta los días de hoy, siguen informando y orientando la opinión de los españoles sobre los franceses.

Jean Sentaurens

<sup>55</sup> P. 24.

<sup>56</sup> P. 282.

<sup>57</sup> Pp. 138 a 151.